

**“¿Quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos? (Lucas 9, 51-56)**

Jesús y sus discípulos pasaban por Samaria, camino a Jerusalén. Quisieron pernoctar pero los samaritanos no les recibieron. Entre judíos y samaritanos había una rivalidad larvada a lo largo de la historia, de ahí que no quisieran acogerles. Los discípulos montan en cólera y pretenden vengar la ofensa con fuego del cielo. El Evangelio nos cuenta que el Señor les regañó y que les invitó a ir a otra aldea.

Contemplamos en este hecho actitudes de mansedumbre, paciencia y tolerancia. Jesús podría haber puesto en evidencia la violencia de aquel rechazo, podría haber manifestado su indignación, podría haber denunciado las debilidades del pueblo samaritano, pero opta por marcharse a otra aldea, sin decir ni hacer nada.

Esta capacidad de asumir con serenidad las frustraciones y las situaciones injustas, se nos presenta como una llamada de gran actualidad que ilumina el deber ser de nuestras relaciones interpersonales. Saber disimular la ofensa recibida, saber “marcharse a otra aldea”, implica contar con una fuerte personalidad. No es signo de debilidad, sino de ecuanimidad, de sano equilibrio emocional.

En el día a día solemos encontrar motivos para sentir la misma ofensa y rabia que sintieron los apóstoles. El menosprecio de algún compañero, la crítica injustificada, el olvido o el vacío... ¿Sabemos procesar sanamente esas agresiones o preferimos alimentar el victimismo y el revanchismo?

La serenidad y ecuanimidad de quienes se mantienen en paz a pesar de las agresiones constituye un testimonio de primer orden de cara a la construcción del espíritu de familia, de la fraternidad. El espíritu reivindicativo, en cambio, conduce a la intolerancia y retroalimenta procesos que terminan malogrando las relaciones interpersonales.

Quizá debamos escuchar a Jesús que nos regaña y nos pide que sepamos disimular las ofensas recibidas para finalmente “seguir a otra aldea”, sin darles mayor importancia. No es fácil sobreponerse a las heridas pero sin duda estas actitudes son fundamentales en la resolución de los conflictos interpersonales que suceden en todo grupo humano.

El sustento de una actitud generosa hacia quien nos ofende está en la autoconciencia de la propia fragilidad y en una actitud de misericordia incondicional hacia quien nos ha ofendido. El sentido de justicia se eclipsa ante la opción por disimular y perdonar la ofensa.

